

# “NO CONFIESES”

Yukio Mishima

---

Traducción: RYUKICHI TERAOKA

En *Zaratustra*, Nietzsche dice lo siguiente:

El que se descubre completamente ante los otros se convierte en objeto de ira. ¡De ahí el grado de escrúpulo que debéis mantener en cuanto a la desnudez! ¡Sí, os está permitido avergonzaros de vuestra ropa sólo cuando sois dioses!.

Éstas son palabras que debemos apreciar. Según Nietzsche, no estamos autorizados a avergonzarnos de la ropa, ya que nosotros no somos dioses. La ropa aquí significa apariencia y honra —hasta puede ser falacia e hipocresía—, mejor dicho todo lo que se exige socialmente.

No hay nada más fastidioso que tener un amigo enviciado en confesiones. Sigue contando interminablemente de sus éxitos en aventuras amorosas o de sus amores perdidos.

“Fíjate que mi novia dice que le encanta tanto la forma de mis orejas que se excita al sólo estar mirándolas.”

Al oírle hablar así, uno no tiene nada que hacer sino decirse secretamente: “Claro que sí. Compadecida de no poder encontrarle ningún otro encanto que mencionar, se referiría a las orejas. ¿O será que su novia es hija de otorrinolaringólogo?”

No hace falta ni una semana para que el mismo tipo venga con el cuento de que su novia resultó ser infiel con él: “Sin lugar a duda, la tía hizo un viaje con N a unas aguas termales. Tengo todas

las pruebas de eso. ¡La mato, y me mataré de una!” Si acaso uno se muestra interesado en el cuento diciendo algo así como: “Pero no me pareció una chica capaz de tanto descaro”, se pone peor porque seguro empieza a decir: “¿Te parece? Sí, estoy de acuerdo contigo. Aunque haya evidencias, bien puede ser que algún celoso haya inventado todo el cuento para separarnos.”

Un hombre de este estilo tiende a ufanarse, no sólo de su novia, sino también de sus familiares.

“Ayer nos visitó mi hermana casada, que vive en otra provincia con su esposo, y pude conversar con ella tanto como no lo habíamos hecho en estos años, ¡pero qué alma de dios me pareció! No conozco otra persona de corazón tan puro.”

Una historia de esta índole es terriblemente aburrida. Lo mismo sucede con cuentos como de la madre encantadora, quien fue belleza de renombre hace cuarenta años.

A mí me tocó conocer un tipo que, una vez, siguió elogiando el carro de su tío durante 20 minutos. Pontiac será buen coche, pero qué necesidad habría de hablar con tanto ahínco de un objeto que ni siquiera es suyo.

Un tipo así cambia de repente de temperamento con unos tragos de sake para empezar a hacer confesiones sobre su infortunio familiar.

“Desde el mismo nacimiento, yo estoy destinado a una vida infeliz. Para qué mentir, yo soy nada menos que un bastardo. ¡Bastardo! ¡Qué palabra tan oscura, negra y horrorosa! Aun cuando escucho inesperadamente la palabra *bastardo* en el cine, me paro para salir huyendo a escondidas sin poder soportar la sensación de vergüenza que me ruboriza la cara.”

“Además, me persigue una vaga anticipación fatal de un futuro catastrófico. Mi padre, después de haber preñado a una geisha, o sea, mi madre, se fue a vivir en Manchuria, donde cogió sífilis. Se regresó a Japón y se la contagió a su esposa legal, quien tuvo, en consecuencia, a un hijo con sífilis hereditaria para luego morir chiflada en el manicomio. Ésta es una historia muy conocida, pero sospecho

que no fue en Manchuria donde mi padre se contagió de sífilis por primera vez. Mi madre tuvo una muerte natural, pero es muy probable que yo también tenga sífilis innata. Por otro lado, tampoco falta un tío esquizofrénico en mi familia materna...”

“¡Dios mío! Pronto me volveré loco. Estoy rezando todas las noches agarrando fuerte la almohada para pedir auxilio al dios...”

¿Quién dudaría en calificar esta historia como confesión?

Sin embargo, no deja de ser una historia que uno preferiría evitar, ya que termina perjudicando la buena impresión que antes le había producido su personalidad. Al confesante le parecerá mejor dejar una impresión negativa y verdadera que una positiva y falsa, pero, para uno mismo que lo escucha, una confesión superflua le daña una sensación agradable que guarda en su interior y, para colmo, lo enfrenta al hecho de que ha estado ingenuamente engañado por la apariencia, lo cual se convierte también en un golpe fuerte para su autoestima mantenida en virtud de la capacidad intuitiva de distinguir buena gente. Para empezar, el confesante está violando sin ninguna justificación nuestro derecho de impresionarnos positivamente de la gente, el cual tiene que ser algo intocable en nuestras vidas sociales.

Yo no titubeo en llamar “irrespetuosos” a quienes revelan fácilmente sus debilidades en público, puesto que esto no es sino falta de respeto. Sabemos apreciar virtudes ajenas debido al odio que sentimos por nuestras propias debilidades, y los que se muestran igual de débiles cometen graves indiscreciones.

No sólo eso. Quienes deseen revelar su verdadera personalidad, por más fea que sea, ante los otros para que los acepten, o hasta para que los amen, tales como son, caen en una estúpida ingenuidad de confiar erróneamente en la bondad del mundo.

Yo lo digo porque la verdadera figura del ser humano es ignominiosa y, por lo tanto, imposible de amar. Estoy seguro de que esto no admite casi ninguna excepción. Aun cuando se trata de una hermosa niña candorosa, no la podemos amar después de haber conocido su verdadera esencia oculta. Ese famoso ejercicio del budismo, en el cual los monjes entrenados se ven obligados a observar el proceso de

putrefacción de un cadáver humano para comprender la naturaleza implacable del mundo, se fundamenta en el mismo principio.

Me parece que aquí radica la diferencia fundamental entre la novela y la vida. Al leer una novela de Dostoievski, por ejemplo, no podemos dejar de amar a sus personajes que nos asombran con el carácter horroroso de su verdadera personalidad, descubierta sin escrúpulo ante nuestros ojos, sólo porque son personajes novelísticos, es decir, los mismos lectores.

Sin embargo, él es él y yo soy yo en la vida real, y por más elaborada que le quede la confesión a él, yo no soy capaz de ser plenamente él. De modo que podemos afirmar que los confesantes envidiados confunden la vida y la novela. Utilizando la frase de Nietzsche, se creen dioses; es decir, no sólo son irrespetuosos sino arrogantes.

Aquí se puede plantear un teorema. Lo único que un ser humano es capaz de amar en su verdadera fase es él mismo. Por esta misma razón, *Upanishad*, libro sagrado de la India, nos ilustra con esta frase: "Sólo ámate y adórate a ti mismo."

Nos hemos metido mucho sin querer en cuestiones filosóficas. Ahora volvamos con ánimo a nuestra vida social como seres humanos. Aquí trabajamos todos alegres, ora bromeando, ora sacando un martillo, ora manejando un carro, ora tomando una pluma, ora escribiendo a máquina.

"Qué tipo tan simpático."

"Me cae muy bien el señor."

"Qué mujer tan encantadora."

"Es un alma de dios."

"Es admirable."

"Una mujer ideal."

Nacen amistades y amores en dondequiera con estas frases ordinarias. ¿Qué más quieren? Aquí no falta ninguna confesión. Nos tienta la manía confesional cuando estamos demasiado felices o demasiado infelices. Ahí es donde debemos aguantar. Recordemos que nuestras consultas personales sólo sirven como objeto de risa para la gran mayoría.